

con que Dios ha querido consagrar los pensamientos mas delicados de sus ministros. Al ver una série de palabras, extraordinariamente comunes, difundir por nuestro corazon tan piadosa ternura, tan puros y elevados afectos, nos vemos tentados de recordar con Laharpe aquel proverbio: *la palabra vale tanto como el hombre que la emplea.*

EPILOGO.

“Pero al rogar por su alma, cristianos, pensemos en nosotros mismos. ¿Qué esperamos para convertirnos? ¿Y qué dureza es semejante á la nuestra, si un accidente tan extraño, que debería penetrarnos hasta el fondo del alma, no hace sino aturdirnos por algunos momentos? ¿Aguardamos que Dios resucite muertos para instruirnos? No es necesario que los muertos vuelvan, ni que salgan del sepulcro: lo que entra hoy en él debe bastar para convertirnos: porque si nosotros sabemos, conocemos, confesáremos, cristianos, que las verdades de la eternidad están bien establecidas; nosotros no tenemos nada que oponerles, ateniéndonos á combatir las por pasión y no por razón. Si alguna cosa impide á estas santas y saludables verdades que vienen sobre nosotros, es que el mundo nos ocupa, que los sentidos nos encantan, y que el presente nos entretiene. ¡Hubo otro espectáculo semejante para desengañarnos de los sentidos, del presente y del mundo? Podía la Providencia divina ponernos á la vista, ni mas de cerca, ni de una manera mas fuerte, la vanidad de las cosas humanas! Y si nuestros corazones se endureciesen despues de una advertencia tan sensible, ¿qué otra cosa le queda sino herirnos sin misericordia? Prevengamos un golpe tan funesto, y no esperemos siempre milagros de la gracia. Nada hai mas odioso al Soberano poder que lo queramos obligar por ejemplos, haciendo una lei de sus gracias y de sus favores. ¿Qué hai pues, cristianos, que pueda impedirnos recibir sin dilacion sus inspiraciones? ¿Qué! ¿el encanto de sentir es tan fuerte que nada podemos prever! ¡Los adoradores de las grandezas humanas estarán tan satisfechos de su fortuna, cuando vean que en un momento su gloria pasará á su nombre, sus títulos á sus sepulcros, sus bienes á ingratos y sus dignida-

des á los ambiciosos de ellas! Si estamos seguros que vendrá un dia en que la muerte nos obligará á confesar todos nuestros errores, ¿porqué no despreciar por razon lo que será necesario despreciar por la fuerza? ¿Y cuál es nuestra ceguedad, si marchando siempre hácia nuestro fin, y mas bien moribundos que vivos, aguardamos los últimos suspiros para aprender los sentimientos que solo el pensamiento de la muerte debería inspirarnos á cada momento de nuestra vida! Empezad desde hoy á despreciar los favores del mundo; y siempre que estuviereis en esos lugares augustos, en esos soberbios palacios á quienes esta señora daba un brillo que aun buscan vuestros ojos; siempre que mirando ese gran lugar que tan bien llenaba, conociéreis que ella falta, pensad que esa gloria que admirais formaba su peligro en esta vida, y que en la otra vino á ser objeto de un exámen rigoroso; que nada fué capaz de estorbarla sino esa sincera resignacion que tuvo á las órdenes de Dios, y á las santas humillaciones de la penitencia.”¹

Una exhortacion comun á la penitencia mientras contamos con la salud, es pues el pensamiento que forma la peroracion de este discurso. Sentimos infinito que una obra tan perfecta no tenga una conclusion correspondiente á su mérito; pero debemos confesar que aqui mismo se notan con singular complacencia dos rasgos que no nos permiten dudar que todavia estamos escuchando á Bossuet. “¡Los adoradores de las

¹ Bossuet, remitiendo la oracion fúnebre de la reina de Inglaterra y de madama Henriqueta al abad Rancé, le escribia: “He dejado orden para que os dirijan dos oraciones fúnebres, las que haciendo ver la nada del mundo, pueden ocupar un lugar entre los libros de un solitario, y que en todo caso puede él mirar como dos cráneos de muerto bastante palpitantes.” Estas palabras escritas por casualidad en una carta que no estaba destinada á ver la luz pública, revelan el pensamiento habitual de Bossuet. Nunca vinieron á presentarse á su espíritu el poder y la grandeza que no viese al lado la muerte. (*El Cardenal de Bausset*) El interés que pudo inspirarle una princesa espirando en la flor de su edad, parece debía agotarse pronto: todo consiste en algunas oposiciones vulgares acerca de la belleza, de la juventud, de la grandeza y de la muerte, y sobre este fondo estéril fué sobre el que Bossuet construyó uno de los mas bellos monumentos de la elocuencia, siendo de aquí de donde partió para demostrar la miseria del hombre por su lado perecedero, y su grandeza por su lado inmortal. El empieza por rebajarlo aun mas que los gusanos que lo roen en el sepulcro, para pintarlo en seguida glorioso con la virtud de los reinos incorruptibles. (*Chateaubriand*.)

“ grandezas humanas estarán satisfechos de su fortuna, cuando vean que en un momento su gloria pasará á su nombre, sus títulos á sus sepulcros, sus bienes á ingratos, y sus dignidades tal vez á sus envidiosos!” ; Qué profundidad! ; qué filosofía no encierran estas líneas! Es imposible llevar mas adelante la penetracion y la exactitud. No dice que su gloria perece totalmente, porque esto seria incurrir en una exageracion superflua; sino lo que es mui triste y mui verdadero, *que pasará á su nombre.*

El otro rasgo se distingue por cierta melancolía que produce el anuncio de futuros recuerdos, y la concision con que se reasumen los pensamientos dominantes de toda la oracion. “ Comenzad pues desde hoy á despreciar todos los favores del mundo; y cada vez que os acerquéis á estos lugares augustos, á estos soberbios palacios, sobre los cuales difundia *madama* un esplendor que vuestros ojos buscan todavia; cada vez que, al mirar este gran puesto que llenaba tan bien, sintáis que falta en él, pensad que esta gloria que admiráis formaba su peligro en esta vida, y que ha venido á ser en la otra la materia de un exámen riguroso, en que nada pudo asegurarla sino aquella sincera resignacion que tuvo con las ordenes de Dios y las santas humillaciones de la penitencia.”

Rasgo mui característico es de los grandes escritores distinguirse aun en medio de sus defectos. Los vemos decaer algunas veces, pero su caida es noble y solo sirve para hacernos mas sensibles á la elevacion que les sucede: los vemos en ciertos pasajes tomar un rumbo trillado, que desperta poco nuestro interes, pero aun entónces mismo saben enfrenar nuestra censura con algun pensamiento nuevo, alguna idea original, algun rasgo sublime. Esto es lo que en efecto se nota con frecuencia en Bossuet, como se ha observado ya en el discurso de la oracion fúnebre de Enriqueta, y mui particularmente en el epilogo. No tiene por cierto la ternura y elevacion que el que cierra el panegirico de Condé, la ingeniosa sencillez que tanto nos deleita en el de la reina de Inglaterra, ni el terrible poder con que á los impenitentes amaga en la de María Teresa de Austria; pero si desfallece, no nos hace olvidar con esto al grande hombre que nos habla.

Si pues haciendo abstraccion de la desigualdad que á veces nos mortifica en el estilo de Bossuet, hemos de manifestar nuestro juicio sobre la oracion fúnebre de Enriqueta de Inglaterra, aplicaremos nosotros al orador lo que el orador aplicaba á la princesa: *jamas han sido las vanidades de la tierra ni tan claramente descubiertas, ni tan altamente confundidas.*

ENSAYOS DE CRITICA.

ORATORIA PROFANA.

GENERO DELIBERATIVO.

DEMOSTENES.